

á los segundos, que los tengo por enemigos más peligrosos.

La existencia del diablo, ó sea de un espíritu superior que seguido de otros se rebeló contra Dios y fué condenado por ello al fuego eterno, donde se le permite continuar ejerciendo contra Dios y contra nosotros su rebeldía, es un dogma de fé calólica. La doctrina católica enseña, además de la existencia del diablo, su intervención constante en nuestros asuntos para inducirnos al error y al pecado en odio contra Dios y contra nuestras almas. Y de tal suerte enseña la Iglesia esta intervención real, efectiva y cotidiana del demonio en nuestros asuntos, que tiene prevenidos en un ritual una porción de exorcismos para conjurarlo en casos determinados. Hasta en muchos casos puramente naturales, admite la Iglesia, como posible la intervención diabólica, como son tempestades, enfermedades, etc., etc. Esta creencia en el diablo y en su poder, permitido y limitado por Dios, esta creencia en su intervención práctica y ordinaria en muchos de los lances de nuestra vida, pertenece á la doctrina católica, y solo una ilustración pedantesca ó un total desconocimiento de las ciencias teológicas, ó lo que es más frecuente cierto principio de incredulidad, pueden inducir á muchos católicos á considerarlo como superstición de mujeres.

Sucede con esto una cosa muy lamentable. Cierta clase de católicos [que no sé por qué se llaman tales] han dado en la flor de considerar al demonio como un personaje gracioso de comedia, dispuesto siempre á enredar entre bastidores, y á hacer desternillar de risa al público con sus chistes y bufonadas. Sé que esta tradición dramática data de los albores de nuestro teatro nacional y se halla en todos nuestros autos sacramentales, pero no por esto la encuentro más justificada. No, por Dios: el espíritu maligno es cosa muy seria para que sirva de muñeco de diversión á los niños grandes, que necesitan divertirse con bufonadas; el desven-

turado que lanzó el primer grito de apostasia contra Dios, y que desde entonces capitanea la guerra eterna que se hace desde acá abajo contra él y su representante la Iglesia, no debe ser el polichinela de nuestros dramas.

Resultado de esto es que el diablo y todo cuanto se refiere á sus operaciones no sean para dichos católicos á su modo más que una mitología de más ó menos buen gusto, un resorte épico ó dramático con qué introducir lo maravilloso en un poema; no un hecho real, viviente en medio de nosotros, y sobre todo, de una influencia eficaz y positiva, ni más ni menos que la del sol, de las estrellas, y de las demás criaturas que pueblan el universo. Hay en muchas almas católicas un gran fondo de incredulidad. La maldita manía de aparentar luces y despreocupación, el necio desdén por las doctrinas antiguas, por el mero hecho de no ser nuevas, el afán de distinguirse de lo que se llama ranciedades del escolasticismo, han dado margen á todo esto.

La creencia en el diablo y en sus operaciones aun en el orden natural, pertenece, pues, á la doctrina católica, y no puede negarse sin apartarse de ella. Pero si damos un paso más, veremos que pertenece también á la verdad histórica, en esto como en todo acorde con las enseñanzas de la teología.

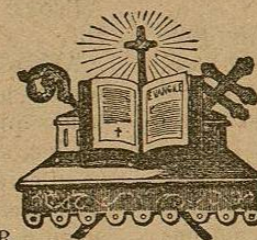
(Continuará.)

NUEVO PRELADO.

El 15 del corriente, fué consagrado en Zacatecas, obispo de Tulancingo, el Illmo. Sr. Lic. D. José M. Armas. Es de notar-se, que el nuevo príncipe de la Iglesia, su consagrante, los dos mitrados asistentes, dos de los padrinos eclesiásticos y uno de los seglares; hicieron sus estudios en el Seminario de Guadalajara: no recordamos si algunos otros de los Señores que intervinieron en la augusta ceremonia están en igual caso.

COLECCION

DE DOCUMENTOS



ECCLESIASTICOS.

IMP. DE N. PARGA.-D. JUAN MANUEL, R.

RESP. JESUS BERRUECO.

TOM. VI.

GUADALAJARA, SEPTIEMBRE 8 DE 1891.

NUM. 65.

SECCION I.

"FE Y RAZON SIN FE."

Tomamos de *El Tiempo*:

"Maquinaciones de la impiedad, estais vencidas!

Ciencia incrédula—semi-ciencia—orgullo del nieto del mono, Reforma, falso progreso, no contábais con un enemigo que os vence.

No es la polémica, porque sois astutos para burlar la lógica; no es la verdad escrita, porque en su contra teneis la mala fé; no es la razón misma á quien siempre estais fingiendo adoración, porque no la seguís sino cuando se extravía.

Lo que hoy os vence, en pleno siglo XIX, es el milagro.

En público reís al oír esta palabra, pero vuestro corazón palpita como acostumbra hacerlo el ímpetu del miedo.

El Padre Damien os puso pensativos.

Ya es mucho que penseis y no libremente.

¿Pero qué decís de los milagros de Lourdes?

Negarlos no es posible.

Queréis explicarlos y callais.

Vuestro silencio es nuestra victoria.

Callad; seguid callando; nada pierde el cielo.

Si no habláramos, las piedras hablarían.

¿Reís? Pues las piedras de Masabielle han hablado.

Los médicos libre-pensadores cuando callan, afirman.

Las comisiones delegadas, con su silencio predicán.

Ciencia atea, filosofía herencia de Voltaire, vulgaridades de Renan, negaciones nebulosas de Víctor Hugo, ¿qué os derrotó? Lo que llamais nada, el milagro.

Los enfermos que en un momento han recobrado la salud no dicen como Arouet, vuestro maestro: "si veo un milagro no lo creeré" sino que bendicen á Dios y á Nuestra Señora de Lourdes.

La fé se abría paso. Las sombras de San Pedro, San Bernardo y San Vicente Ferrer cometían el anacronismo de presentarse en el siglo XIX.

¡Milagros que derogan las leyes encontradas por las ciencias!

Pues sí señor, las derogaban.

Y la ciencia se quedaba como quien ve visiones.

Esto es, las ciencias de las leyes absolutas. No la ciencia que reconoce al soberano absoluto.

Porque hay una ciencia que no conoce sino leyes, y otra que además conoce al legislador.

La primera es soberbia. Y no crean ustedes que porque sepa mucho.

Dios, sin necesidad de milagros, le hace ver que cambia sus leyes cuando le place.

Y ella lo ve y no lo entiende.

Así por ejemplo: es una ley que todo cuerpo sometido á la acción del frío ha de reducir su volúmen; pero hé aquí que el agua, en las condiciones dichas, comienza, sí, á cumplir con la ley, pero así que el volúmen es muy pequeño y el frío muy grande, no solamente la quebranta, sino que su volúmen aumenta más, mucho más de lo que ántes había disminuido.

¿Explican esto los sabios y sus leyes?

¡Quíá! Se harían cruces si creyeran en la cruz.

Es una ley igualmente, que en la cámara oscura se pinten las imágenes al revés.

Pero hé aquí que en el ojo humano existe una cámara de esta especie, mas ahí la ley se cambia, y sin que la ciencia sepa por qué, las imágenes se pintan al derecho.

¿Que más? ciencia y sabios ven la electricidad y no la entienden, ni han llegado á saber lo que es.

Ella también tiene sus leyes, pero de repente y sin anunciarlo como el agua y la luz, como si fuera un pícaro las quebranta, pues no se ha de decir que las olvida como un desequilibrado.

¡La electricidad! ¡misterio!

Y sin embargo, hay una que se llama ciencia y unos que se llaman sábios que no admiten los misterios!

Para ella y ellos, misterio es el milagro.

Para la otra, para la ciencia verdadera, el milagro es la luz.

Claro. ¡Porque el que dió las leyes es el señor de las ciencias!

Este nombre le da un libro que muchos no saben leer: la Biblia.

Señor de las ciencias! ¡Qué sublime concepto!

Las bestias feroces no admiten Señor; pero los ángeles lo confiesan.

Hay hombres que imitan ya á unos, ya á otras, y existen hasta sábios que hacen lo que los ángeles.

Pues bien, el Señor de la Astronomía

pudo parar el Sol, allá cuando peleaba Josué.

Pero si el Sol está parado, si está inmóvil!

Así se creía en tiempo de Voltaire, pero hoy sabemos que corre 62,000 leguas en menos que canta un gallo.

Digo, si el gallo se dilata un poquito en su cantar.

El hecho es que corre hácia la constelación de Hércules.

Pero el Señor de la Astronomía lo detuvo.

¿Para qué?

Para que se parara la tierra, á la que el sol con su movimiento, va haciendo girar sobre sí misma, midiendo con su rotación el día y la noche.

¿Qué pretendía Josué? ¿No era prolongar el día para él? Pues deténgase el sol, como para detener el minuterero no es al minuterero al que se para, sino la péndula del reloj.

Pícaro ciencia que no se sostuvo en su error de que el sol estaba inmóvil!

Los chistes de Voltaire hacen hoy el ridículo de los volterianos.

Y el Señor de las ciencias lo es también de la medicina, y no sólo allá cuando curaba á los ciegos con un remedio que en mano de otro únicamente era bueno para cegar; sino en plena linfa Koch y en la época de las inyecciones Brown Séquar.

O lo que es lo mismo, cuando la medicina á llegado á gran altura, para decir que siempre hay enfermedades incurables.

Pero ante su impotencia, tienen poder las aguas de Lourdes.

En la época que media entre S. Vicente Ferrer y Bernardita Soubiróna había, es cierto, milagros en la Iglesia, pero eran tan raros y la mayor parte además tan secretos, que los mismos que creían en la posibilidad de los milagros vacilaban, dudaban, negaban al oír hablar de uno de ellos.

Confesaban la potencia en general, pero había un gran número de gentes que negaban uno por uno todos los hechos.

Es decir, eran unos incrédulos creyentes.

Los enemigos se regocijaban de tal situación.

Parecía que se había abreviado la mano del Señor.

Algo así como si el siglo filosófico y el siglo de las luces hubieran hecho huir al milagro.

Pero hé aquí que entre el telegrafo y el vapor, entre el teléfono y el micrófono, en la mitad del siglo XIX Bernardita vó á la Inmaculada, la fuente brota, y hay algo más grande que Morse y que Fulton y que Alba Edison.

Hay el milagro.

Hay milagros que se ven con la luz eléctrica.

Algunos se hacen saber instantáneamente á miles de leguas.

Dentro de poco, algunos podrán ser vistos por el kinetógrafo.

La imprenta los publica.

Los enfermos vuelven sanos en los trenes de vapor.

En una palabra, el progreso está al servicio del milagro.

Quisiera yo saber lo que dicen los ateos.

Pero no, no lo que dicen, sino lo que piensan.

¿Cuánto diera por ver lo que allá á sus solas se imaginan los deístas!

¿Y qué pensarán los que tienen una religión, pero que son anti-católicos?

Porque los ateos, si no explican el milagro por la intervención de Dios ¡claro! no pueden explicarlo.

Si los deístas no confiesan la acción continua de la Providencia, el milagro queda inexplicable.

Y los anti-católicos, aunque crean que Dios, y aun que Jesucristo se ocupan mucho de arreglar las cosas de la tierra, no han de poderse dar razón de porqué el milagro no se obra nunca fuera de la Iglesia católica.

Algunos hombres fútiles se contentan con negar los milagros, como los campesinos que negaban el vapor y decían que los caballos "iban por dentro." No hablamos de esto, sino de los ortodoxos serios

y pensadores, porque no cabe duda que los hay.

Estos casi siempre acaban por convertirse, como Veillot, como Feval, como Littre, y como otros incontables; pero entre tanto ¿qué piensan?

Porque los cojos andan, los ciegos ven y en fin, los infieles ya tienen fé.

Una agua que brotó, ellos no saben como, y que cura las dolencias del alma y del cuerpo!

Porque muchos fueron por divertirse y acabaron por convertirse.

No se puede negar que van muchos enfermos á Lourdes.

No es posible negar que algunos de ellos han sido declarados incurables.

Es muy fácil saber que vuelven sanos, y que se han curado en breves momentos.

Numerosos médicos, y algunos muy ilustres, lo confirman.

La curación, allí, no es natural.

Luego es sobrenatural.

Añádase que ya no es necesario el baño en el agua de la fuente para que se obre el milagro.

Lo sobrenatural tiene sorpresas para el siglo naturalista.

Sabido es que Dios se nos da por María.

Y más aún, que no se nos dá sino por ella.

En Lourdes los milagros de Jesucristo fueron precedidos por los de la Inmaculada.

El 21 de Agosto de 1889 había en el Santuario de 15 á 20 mil peregrinos y como 1,200 enfermos, y fué inmensa la procesión en la que el Sr. Obispo Petocof, acompañado de más de mil sacerdotes, llevan al Santísimo.

Al volver al templo y como de costumbre, el oficiante dió la bendición con la Custodia, y en ese momento se obraron las curaciones milagrosas.

El día siguiente el número de peregrinos llegaba á 30,000, y se empeñaron en que se repitiera la procesion de la víspera.

Una mujer que había venido enferma no puede llegar hasta la procesion, y se

encuentra moribunda en el suelo. Pero la procesion pasa cerca de donde ella está y... pero dejemos la palabra á un testigo:

"De repente recobra todas sus fuerzas, abre los ojos y echa una mirada á la Hostia santa, que llevaba el Obispo de Nancy; se persigna con la señal de la cruz: se alza, deja la camilla, y medio vestida y descalza, corre hácia el Sacramento, al que sigue en la procesion. Es imposible hacerse una idea de lo que pasó á esta vista: un santo delirio se había apoderado de todos: se aclama á gritos á Jesucristo y las lágrimas corren por todos los rostros: se agolpa la muchedumbre al rededor del Sacramento; se estrechan los Sacerdotes en torno del Obispo que lo lleva, temiendo no llegue el entusiasmo á algún exceso de fervor."

El año de 1890 repitió la peregrinacion de Agosto la procesion Eucarística, y con ella se repitieron las maravillas y los prodigios.

L' Univers de Paris, en su número del 30 de Agosto, dió una descripción que sentimos no poder copiar en este artículo que se ha largado más de lo que esperáramos.

"Nada de semejante puede verse en la tierra, concluye diciendo; nada que enseñe tanto al alma y la eleve entre los esplendores y éxtasis de la fe."

Agosto se aproxima, y es evidente que no se olvidará la gran procesion Eucarística.

Un nuevo triunfo de lo sobrenatural sobre todas las negaciones.

Todos los sofismas anonadados por hechos.

Las huecas declamaciones reducidas á polvo por el milagro.

En una palabra el siglo XIX, por las manifestaciones del cielo y por la fé y amor de sus hijos fieles á la Iglesia, presentándose como uno de los siglos más religiosos de la historia."

RAMON VALLE.

EL ESPIRITISMO

POR

D. Felix Sardá y Salvany,

(Continúa.)

Por despreocupados que seais, teneis qué admitir un hecho en la historia que la llena toda: es la magia. Otra vez volverán á soltar la carcajada algunos de mis lectores, lo sé, pero paso adelante. La magia es un hecho histórico que aparece desde los primeros días del género humano hasta hoy día en todos los puntos en que no reina el conocimiento del verdadero Dios. No hay pueblo alguno de la antigüedad sin magia, fuera del pueblo del verdadero Dios; los filósofos más eminentes, los más brillantes poetas, los grandes capitanes y hombres de Estado, en naciones tan sábias como el Egipto, tan cultas como Grecia ó tan positivistas como Roma, nos dan testimonio constante de la realidad de la magia. La magia constituye el fondo de todos los cultos idólatricos en el mundo antiguo. Y ahora hemos de añadir que las exploraciones de los misioneros la encuentran en todas las naciones modernas no alumbradas por el Evangelio. Sabida es la importancia que tenía la magia en México y en el Perú al descubrir estos países los Españoles. Nuestros historiadores, y Solís en particular, que no será tildado de oscurantista, cuentan de aquellos misterios cosas maravillosas. En la China y en la India es aun frecuentísimo el uso de la magia para los lances más ordinarios de la vida. Puede, en una palabra, fijarse como ley histórica que la magia ha llenado el mundo en todas partes donde no lo ha llenado la verdadera Religión, del mismo modo que la oscuridad cubre los puntos donde no llega la influencia benéfica de los rayos solares. Y puede fijarse como corolario otra ley análoga. La magia ha ido desapareciendo á proporción que ha ido extendiéndose la verdadera fé, como

se retira la oscuridad á proporción que avanzan los rayos del sol.

A la luz de la filosofía católica tiene esta ley una explicación clarísima. El mundo por el pecado original es patrimonio de Satanás, es altar suyo y el hombre su esclavo y su víctima. La misericordia de Dios resolvió librar al linaje humano y reconquistar en cierto modo para sí lo que el infierno había invadido. La historia del mundo es, pues, la historia de una gran lucha entre Dios y el demonio; ambos tienen en él un ejército, pueblos adictos; culto establecido, etc. Por esto delante del altar de Dios se levanta en todos tiempos el altar del ídolo, ante la cátedra de la verdad se levanta la cátedra del error. Por esto el demonio no cede sin resistencia sus conquistas á Dios, sino que lucha con él, bien sea con la fuerza derramando la sangre de sus discípulos, bien con la astucia seduciéndolos y pervirtiéndolos. Por esto, según la frase hermosa de San Agustín, el demonio se ha hecho como la mona de Dios, *simia Dei*, usurpando su culto, contrahaciendo sus milagros, falsificando sus misterios, llegando hasta el punto de establecer en el mundo un orden sobrenatural satánico, á imitación ó en contraposición del orden sobrenatural divino. Por esto, si Moisés obra maravillas delante de Faraón en nombre de Dios, preséntanse los magos también á obrarlas en nombre de sus ídolos; por esto si Israel tiene profetas que alumbrados del Espíritu Santo anuncian el porvenir; las naciones gentílicas tienen arúspices, agoreros y pitonisas que obran por inspiración diabólica parecidos efectos. Por esto si los Apóstoles obran prodigios en nombre de Cristo, Simón Mago tiene poder para elevarse por los aires valiéndose de sus hechicerías. Por esto la magia se halla reinante y dominante siempre allí donde no reina el Cristianismo, y se halla en estado latente, disfrazada, encubierta, pero insidiosa siempre, allí donde la tiene como comprimida la influencia benéfica de la cruz. Por esto de donde se retira en

cierto modo la influencia benéfica de la cruz á causa de los progresos de la incredulidad, allí cobra nuevamente sus bríos y reaparece como dominante el arte diabólico. Es el dualismo de todos los siglos. No como lo imaginaron los maniqueos suponiendo dos principios absolutos ó independientes, uno del bien y otro del mal. Sino como lo enseña el Catolicismo, dándonos á conocer un espíritu rebelde, que aunque castigado tiene aun permiso de Dios para continuar hostilizando á los suyos, para darles ocasión de merecimiento. Es el dualismo que refleja sus resplandores, ora celestiales, ora siniestros en toda la historia; es la gran lucha empezada en el Paraíso terrenal y aun antes en los cielos, lucha que terminará al fin de los siglos con el Anticristo. Es el demonio revolviéndose contra Dios. Su religión, su orden sobre natural, falsificación del verdadero; su culto, sus misterios y sus prodigios son la magia, atestiguada por las Escrituras, por la teología y por la historia en todos los pasados siglos; y en el presente son el espiritismo. Por donde, resumiendo todo lo hasta aquí indicado, podemos sentar esa fórmula: El espiritismo es la magia del siglo décimonono.

Explicaciones históricas.

¡Hablar de magia en el siglo décimonono! ¿No teméis ponerlos en ridículo con tales suposiciones?

No, lector, quien quiera que seas; no, el orgullo de nuestros adelantos materiales, buenos y útiles, como son en sí, el ruido de nuestras máquinas, la velocidad de nuestros trenes, los portentos de la electricidad, la preponderancia, tal vez excesiva, dada en nuestra educación á las ciencias físicas en detrimento alguna vez de los estudios morales, nos ha tornado á todos algo materialistas aun sin pensarlo. Nos hemos acostumbrado en demasía á las ciencias de lo que se ve y se toca y se huele; por esto se subleva nuestra mal habituada imaginación al oír hablar de fenómenos de un orden superior á los sentidos. Lo repito, creo en el demonio y